

## CAPÍTULO II

La iglesia en que Antolín se instala para pedir limosna es, como de convento, recogida y silenciosa. Antolín se coloca, con tres ó cuatro mendicantes más, en un patinejo que sirve de ártex á aquel templo; y este patinejo casi se ufana con ínfulas de jardincillo, fundándose para ello en cuatro ó cinco acacias, en verdad altas y garbosas, en una hilada de alibustres desvaídos, y en alguna que otra mata que crece protegida por el húmedo frescor de los rincones. Da acceso al patinejo un portón que parece cochero, del cual sólo se abre á diario el pequeño y bajo portillo. Enfrente de este portón está la puerta de la iglesia.

Es una mañana plácida, tibia; una de esas dulces mañanas que el invierno madrileño parece arrancar de cuando en cuando á soñadas primaveras. El aire trae en sus ondas bálsamos montaraces, perfumes campesinos; es un aire suave, húmedo; es una caricia. El patinejo parece un nido caliente; los mendigos que van llegando se sientan acurrucados al pie de las acacias, respaldados en los troncos. Son hombres y son mujeres; casi todos viejos. Antolín es el más joven de todos los pedigüenos del patinejo.

Llega, da los buenos días á sus compañeros, acércase á la puerta de la iglesia y oye el bronco, el terrible canturreo de un funeral. En la mañana dulce, placentera, tibia, resueña más lúgubre, más hondo, más grave aquel canto de muerte.

Antolín busca sitio al pie de una acacia. Encima de su cabeza oye piadas de pájaros que revolotean con grandes revuelos en el aire embalsamado de aromas campestres. El piar agudo y punzador parece que desgarrá el profundo canto funerario. Los pájaros se alejan; el canto prosigue monótono, austero, terrible. De pronto cesa; toda la naturaleza parece recogerse en el silencio hermoso... De pronto vuelve; vuelve más bronco, más adusto, más lúgubre.

El ciego tiende la mano, sintiéndose estremecido por el canturreo. La mano que tendió es la diestra; en la otra tiene un palito, una cayada nudosa, pequeña. El espera que alguien se acerque para darle limosna ó para darle recados; antes de salir de casa, Serafina le dió puntuales y menudas instrucciones, mientras los dos se desayunaban con sendos tazones de café caliente. Era la única comida que hacían en la casa, porque después del desayuno Serafina y el ciego salían, los dos madrugeros, á su ganchudo portioseo, á sus complejos negocios. El pintor quedábase durmiendo, y al levantarse ya no hallaba en la casa ni rastro de desayuno.

En aquellas largas y ansiosas esperas de alguien que debe acercársele y hablarle al oído, el hijo del Sr. Torrecilla siente el goce del amador que aguarda, vigila y acecha. Aquellas mañanas plácidas, de atmósfera tibia, de pájaros que revuelan y pían y van y vuelven, tienen para el ciego una intensidad de vida inmensa, desconocida.

El oye de cuando en cuando pasitos ligeros de fieles que entran y salen. Algunas veces oye joyante rumor de faldas; pasan á su lado como los pájaros por el cielo. El aguarda, acecha, espera en ansia infinita.

De repente, alguien que entró raudo, paróse delante, le coge el brazo que implora y oye una voz suave que le dice algo al oído; algo tan agitado, tan nervioso, que él oye rumor de palabras, ceceos atropellados, pero las palabras mismas no las oye.

—¿Quién es? ¿Qué dice?—exclama el ciego confuso, perplejo.

La mano que coge su brazo le oprime más fuerte, con más nerviosa garra. La misma voz nerviosa le responde:

—Soy yo; soy Guillerma.

—¿Qué quieres, Guillerma? ¿A qué vienes aquí? ¿Para qué me buscas?

El ciego hace todas estas preguntas á impulsos de un miedo invencible; le estremece la idea de que su hermana venga en su busca para arrancarle de aquella vida mendicante y dulce, descuajándole del patinejo como si descuajara una de aquellas esbelatas acacias.

Guillermina no respondió con palabras; respondió con suaves tironcitos del brazo.

Y el ciego con aire fosco:

—Déjame; no voy; no quiero ir, no me lleves.

—Ven, ven—dijo suplicante la Torrecilla;—ven conmigo; Guillerma te busca, Guillerma te necesita; ven, ven conmigo, ciego de mi alma, luz de mi vida.

Aún vacilaba roncero el hermano de Guillerma; aún se resistía; la pianista empujábale con suavidad, queriendo arrancarle del patinejo. La fúnebre melopea resonaba terrible dentro del templo como un reproche iracundo y enérgico contra todo lo que en la vida se agita y se afana.

—Dime aquí lo que quieres, Guillerma.

—Aquí no puede ser. Ven conmigo, ven conmigo.

Hablábale la hermana con voz incitadora, lacrimosa, ronca.

—Ven, Antolín. Te contaré. ¡Yo sufro; verás, es terrible!

—No, no. Tú quieres arrebatar-me de esta vida, llevarme otra vez con vosotros.

Y con el brazo que tenía libre agarrábase al tronco de la acacia.

—¡Ciegucecito de mi alma!, ¿quién me oirá si tú no me oyes?

Fueron desgarradoras, hondas, estas palabras; armonizaron con la triste, con la iracunda melodía del templo.

Antolín, sin embargo, seguía abrazado al tronco de la acacia con obstinación pavorosa. Los pobretes del patio comenzaron á reparar en la extraña escena y murmuraron, acercándose los unos á los otros.

—Si no vienes ahora mismo, no volverás á verme, no volverás á oirme; no sabrás de mí en tu vida.

Fué tan rotunda la imprecación de Guillerma, que se aunó, fundiéndose, con el treno lúgubre. Al ciego se le metió por el alma aquel bordoneo clamante.

—A la tarde iré á buscarte—dijole el hermano.

—Ahora mismo. Si me vieras, vendrías, porque al ver mi angustia no podrías menos de ablandarte, tú que siempre me quisiste.

—Mi obligación es ésta; no puedo faltar de aquí; Serafina se enfadará conmigo.

—¡Calla! Serafina... ¡Calla! Serafina es mala; Serafina trabaja por la otra. ¿Sabes tú? Está de acuerdo con su madre, con doña Leonor. ¡Hay infamias terribles, Antolín, terribles!

—No entiendo nada de eso. ¿Qué estás diciendo? ¿Quién es la infame? Dímelo, dímelo.

—Ven conmigo; te lo diré en cuanto vengas. Tú, ciego y todo, puedes ampararme, puedes defenderme. Sólo cuento con tu auxilio.

—Vámonos.

El ciego soltóse del árbol, empuñó la cayada y, cogiéndose del brazo de Guillermina, salió con ella á la calle.

—Sigamos por aquí abajo, ven; por aquí damos con el Botánico; si quieres, subimos hasta el Retiro; necesito lugar de reposo.

Marcharon los dos muy juntos sin hablar una palabra. Viéndolos calle adelante, eran dos seres que cruzan serenos y plácidos la vida.

Entraron en el Parque, ya en aquellas horas iluminado por un sol rojizo que calentaba con brasa suave. Guillermina, parándose bruscamente, pregunta con imperioso acento:

—¿Te contó algo Esteban?

—¿De qué iba á contarme?

—¿De qué?.. Ya lo sabes; de Alicia.

—¿Alicia?.. ¿Alicia?

—La menor de las Sagrarios.

—¿Te has vuelto loca?.. ¿Qué estás diciendo?

Andaban otra vez. Iban por un sendero hondo, bajo las arboledas peladas, desnudas, doradas por la lumbre solar, roja, caliente. De la tierra fresca, humedecida por la noche, levantábase vago perfume de violeta.

—No estoy loca; dime la verdad; dime lo que tú sepas.

Pasó al lado de ellos un grupo de jóvenes, sin duda estudiantes que abandonaban el aula por la naturaleza. Venían cantando coplas de alegre sonsonete; al pasar cerca del ciego y Guillerma,

dos ó tres de ellos se destacan del grupo, acércanse á la Torrecilla y la piropean al verla hermosa, con ojos bellos.

Estaba hermosa como nunca la hija menor de los Torrecillas; su misma angustia acrecentaba la hermosura; su vestir sencillo, su sombrero redondo, de gentil y juvenil simpleza, su falda de ajustados pliegues, su cinturón de cuero ciñendo el talle fino, firme, dábanle aire de elegancia desgairosa, amable, atractiva. Tenía el rostro pálido, con blancura mate; los ojos de negrura intensa, profunda, bajo el negror aterciopelado de las cejas. La inquietud los entristecía, haciéndolos más profundos, más inquietadores.

Pasaron los estudiantes y perdióse á lo lejos su canto. En una larga calle inundada de sol, aquel sol tan rojo, tan cálido, tan dulce, Guillerma vió un banco y propúsole á su hermano que descansasen.

—Estoy rendida; hace tres noches que no duermo.

El calor del sol, las palabras de su hermana, impregnaban al ciego de una piedad tierna, de un sentimiento dulcemente amoroso.

—¿Y por qué no duermes?

—Esteban me está engañando.

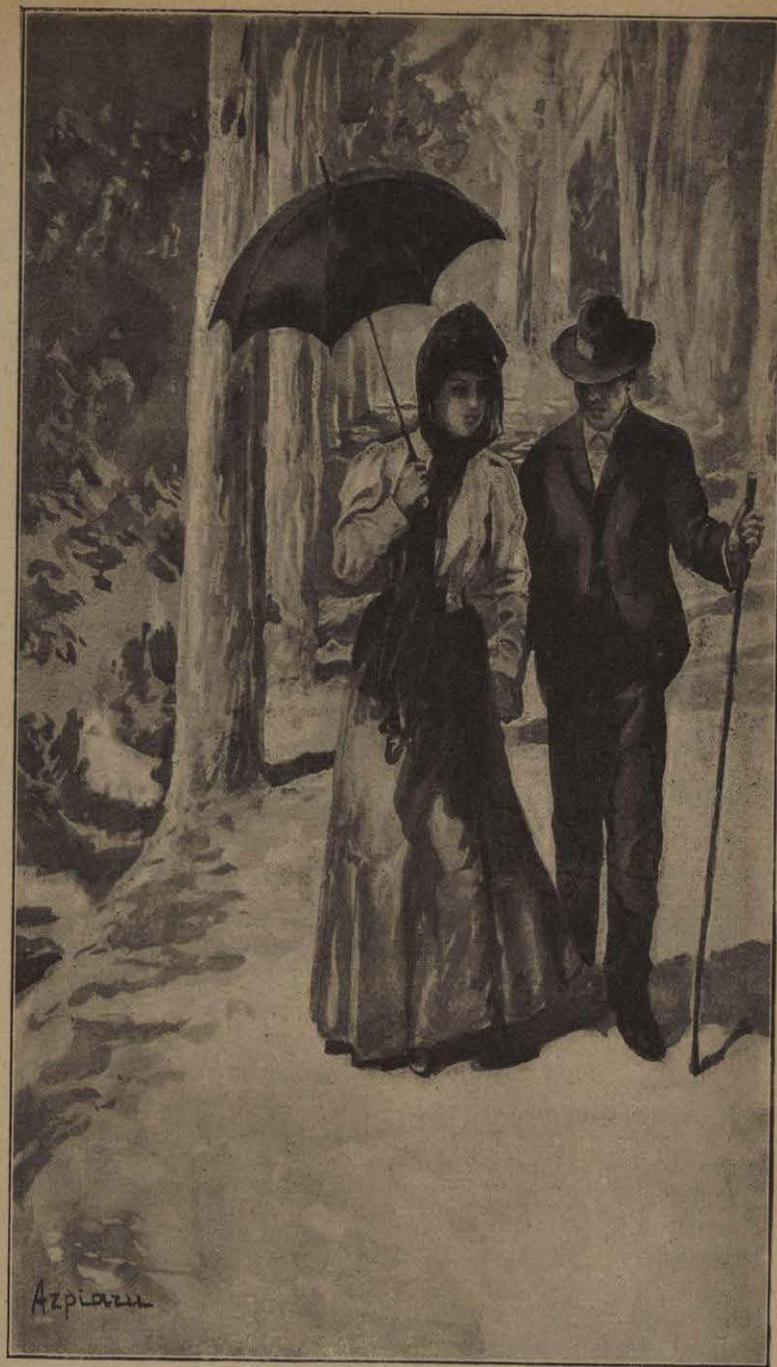
—¡Mentira!

Puso el ciego tan brioso arranque en esta palabra, tal fuerza convincente, que á la Torrecilla le pareció que se le abría el alma. Hubiera querido no seguir hablando, dejar la indagación en aquel punto, saborear la deleitosa palabra que salió con brío de verdad de labios de su hermano. Y calló un momento hasta que el aguijón de la inquietud volvió á impulsarla.

—Mira, Antolín, que todo esto es muy extraño. ¡Mi vida es terrible! Hoy me levanté, después de las horas de insomnio, sintiendo en mí la rebeldía... ¡Ay! ¿Te acuerdas tú de la antigua rebeldía? Pues vuelve, la siento, me empuja, me arrastra; es más poderosa y más fuerte que antes. Vencerá. Me encuentra débil.

—Deja que te arrastre, deja que te impulse; no es el espíritu rebelde, no, no es; es la vida, la santa vida, la vida grande, poderosa, inmensa. Yo la gozo; yo fuí á ella con ansia. ¡Vive, vive!

Habló el ciego con pasión ardiente, con brioso tono, casi feroz



Iban por un sendero hondo, bajo las arboledas peladas

en la expresiva frase, y su hermana sintió un estremecimiento al oírle. El ciego, después de una pausa, continuó hablando. Sus ojos se revolvían con blancuras de niebla que pugna por disiparse y dar paso á la luz, al sol fulgente.

—Si no me escapo de las Vistillas, me muero... Ya ves tú. ¿Quiere Dios que sin más ni más muramos? Sólo viviendo se vive. Somos nosotros, nosotros mismos los que ensombrecemos y entristecemos la vida. Dios nos la dió para que vivamos. No somos buenos si no vivimos y no es vivir el estar taciturnos, atormentados, tristes.

En estas frases que brotaban llenas de fuego, abrasadoras, como si cada una fuese un ascua, parecía palpitar una juventud aprisionada en el alma de un ciego, una juventud muerta, sin amor, sin las flores de la vida; protesta ardiente de un prisionero al cual puso la desgracia rejas espesas, duras.

—Es que tu vida es toda tuya, sólo tuya, y la mía se enlaza y se enreda como planta trepadora en otra vida. Sí, sí, en otra vida.

Hablaba otra vez la Torrecilla con agitación nerviosa, con ansiedad profunda.

—Esa mujer mala, esa Serafina, no es más que un instrumento de los planes de doña Leonor. Cazaron á Esteban en las tupidas redes de la más vil arteria; le engañaron llevándole á vivir con esa mujer mala, y tú secundas el engaño.

—Yo te digo que estás loca.

—¡Locura! El plan ha sido este: rendirle por hambre y miseria.

—Tú deliras, criatura.

—Separarle de su madre para que sucumba ó se entregue. ¿Entiendes?

—¿Y de dónde sacaste tales disparates? ¿Pero no ves que Serafina ha recogido en su misma casa á Esteban?

—Sí, para predicarle sus doctrinas, sus infames doctrinas de usurera, de vampiro.

—Pues á fe que Esteban se deja predicar por nadie.

—Esteban cederá como cede cualquiera ante la escuálida y seca y amarilla estampa de la miseria horrible.

—¿Miseria? Serafina es rica, muy rica.

—Eres un bobalicón, eres un candoroso. Serafina es el lagarto más dañino de este mundo. ¡Ay!, será menester que lo sepas todo; tú no sabes ni con quién vives. Esa mujer os explota á todos; á todos os tiene por juguetes suyos. Con la amistad de la Urbina llegó á ganar la mitad de su fortuna.

—¿Crearás tú que la Urbina se lucra?.. ¡Disparate!

—Sí, disparate. La Urbina no se lucra con oro, ni con nada; hemos de conceder que es una gran señora. ¿Pero de qué ha vivido? Hoy mismo, ¿de qué vive? De lo que con mil formas y mil nombres le va prestando la usurera, y ésta, astuta y mañosa, explota para sus negocios, para sus préstamos y sus trapicheos las altas amistades y los linajudos conocimientos de la Urbina. ¿Te vas enterando? Ahí tienes la amistad noble y profunda de estas dos mujeres. ¡Pobre Antolín, qué sabes tú del mundo!

Antolín sintió una amargura en el alma que no quiso que trascendiese en sus palabras. Por eso quedó silencioso.

—Y ahora, con Esteban, todo su plan es sencillo: está para ello de acuerdo con la altiva señora de Urbina. Tú ya lo sabes: toda la ilusión de ella es ver á su hijo ennoblecido por una unión noble. Yo á ella se lo disculpo todo, todo: es su madre, fué noble, se ve caída... Se lo disculpo todo...

—¡Qué cosas tan extrañas!—dijo Antolín con tono de decaimiento lúgubre.—¡Qué extrañas! ¡Cómo se mezclan y se confunden las más diversas capas sociales!

—Eso mismo pensé yo muchas veces.

—Creemos que la sociedad está regularmente distribuída en capas ó clases: la alta, la media, la baja..., y no; señor; todo se revuelve y se confunde y se mezcla. Misteriosas mezclas que sólo sondeando pueden ser vistas... Ahora sigue, sigue tu historia, Guillerma.

Antolín hablaba con dejo de pesadumbre tan acerba que á su hermana le dió lástima continuar la penosa historia de artimañas plebeyas y bajas; fué necesario que Antolín se esforzase por oír la continuación de tan misteriosos planes.

—Si parece, así al pronto, que todo el mundo anda por esas calles con el corazón en la mano y luego resulta que no señor, que el corazón es lo más guardado, lo más escondido.

—Sigue, sigue tu historia; deja todas las reflexiones para luego.

—Pues sigo para que lo sepas todo. Hoy Serafina tiende sus redes al noble primogénito de la casa de Aliaga.

—Serafina lo que hace es tener piadoso recuerdo de los tiempos en que fué servidora de la casa; es una mujer agradecida, que paga favores con favores. Casos como el suyo se ven pocos, pocos. No me vengas con ecos de calumnias.

—Por Dios, hermano mío, que no son calumnias; esa mujer está auxiliando los planes de la Urbina.

—Pero, criatura, á Serafina ¿qué le importa? De todo eso que dices ¿qué le va á ella? Sosiégate, cálmate, y si reflexionas despacio, tú verás que todo eso no son más que fantasmas que levanta el arrebató de los celos, porque tú estás celosa.

—Los dos seres que más quiero en el mundo están bajo sus garras. Si triunfa su plan, ¡gran triunfo el suyo!

—¿Dónde está el triunfo, Guillerma?

—Penetrar para sus manejos y sus manipulaciones de chamarilera en la casa más cerrada y más impenetrable de la corte: en la de Sagrario. ¿No es esto un triunfo? Tenacidad como la suya nadie la ha visto. Toda su ambición es esa; más que el dinero, antes que las riquezas mismas: entrometerse, tener en su mano el hilo de sutiles combinaciones.

—Delirio, delirio; celos, celos—clamaba Antolín en lúgubre tono de letanía.

—Niégame que tú mismo eres instrumento inconsciente de sus maquinaciones.

—Yo soy un intermediario de sus negocios. Eso soy yo, ni más ni menos—dijo el ciego con arranque de dignidad herida.—Soy un hombre honrado que se gana honradamente la vida. Lo que á ti te hiere es la soberbia, verme á la puerta de un templo pidiendo limosna. Ha sido Agueda la que te ha trastornado el seso; veo

la mano de Agueda en todo esto. Y luego mi madre..., las dos, las dos, que no quieren perderte; no, no, no quieren que te cases y las dejes.

Los dos hermanos callaron. En medio de la paz de aquel sitio los dos pensaron en las bajas miserias de los hombres; sentían sus pechos palpitantes de ansiedad, estremecidos por una náusea horrible; un malestar ingrato los entristecía.

La Torrecilla cogió del brazo á su hermano, y juntándose mucho como para ampararse mutuamente contra los duros embates de la vida, caminaron lentamente, vagando por las calles soleadas y solitarias. Sólo de cuando en cuando cruzaba con ellos algún paseante mañanero; mirábalos con curiosidad, y en sus rostros creía ver una placidez que envidiaba. Hasta la misma ceguera de Antolín, patente en sus pupilas de ópalo, sugería extraño sentimiento de calma y serenidad placentera. Para los paseantes, ella era una niña muy bonita y muy buena con aquel ciegucecito al brazo.

—Antolín—dijo muy quedo, muy suavemente la Torrecilla,—¿piensas tú que todo puede ser calumnia y mentira?

—Yo te propongo una verdad inmensa: vive en ti misma; felicidad suprema.

—¿Qué quieres decirme? Algunas veces tú hablas de modo tan extraño, que yo no te comprendo.

—Tuviste un ideal...

—Le tuve.

—¿Y por qué le abandonaste? Yo soy feliz porque no le he abandonado. Si mi consejo hubiera valido, también tú serías dichosa.

—Pero tú dime lo que sepas, porque tú lo sabes; él te lo habrá dicho.

—Él es otro desgraciado que debió ser dichoso, dichoso con el ideal de su arte. Ahí está el toque.

La profesora hizo una mueca de disgusto; comprendió que de su hermano nada sacaría que clarease sus dudas. Entregábase el ciego á sus imaginaciones, á sus laberínticos devaneos que llega-

ban á tener tonos de misticismo sombrío, pero de las verdades humanas que ella le pedía, nada, nada.

Y ella necesitaba la verdad, la verdad refulgente, clara, completa; y estaba resuelta á poseerla pronto, fuese la que fuese, porque toda amargura era preferible á la zozobra dolorosa que le desgarraba el pecho.

Una idea relampagueó vivaz en su mente; sintióla como si dejase al pasar huella quemante, y con la pasión de su temperamento quiso ponerla en práctica.

—Oye, ¿quién mejor que él mismo puede decírmelo? Llévame á tu casa, llévame á su taller. Quiero verle ahora mismo.

—No, Guillerma, á él no se lo preguntes; ahora no está en casa; trabaja en el Museo. Le encargaron unas copias. ¡Pobre Esteban! ¡Él copiando! ¿Hay martirio como este martirio?

Expresábase con dolorido acento; sentíase de la humillación de su amigo, culpando de ella al ruin abandono de los ideales, su eterno, su monótono tema. Hablando de esto Antolín era un iluminado; parecía que toda la visión externa que le faltaba concretábase en el seno de su espíritu, produciéndole un fanatismo abrasador, ardiente.

Con un movimiento brusco, empujó á su hermana, diciéndole que le llevase otra vez á la puerta del templo, que era su sitio predilecto, su lugar en este mundo.

—No vuelvas, Antolín.

—Ahora mismo; si tú no me llevas, sabré ir yo solo á tientas con mi palo.

—No vuelvas todavía. Ten compasión de tu hermana. Más tarde.

—Lo que tú debes hacer es ir á tus lecciones. ¿Por qué vienes hoy á perturbarme á mí con tus lamentos? Sois vosotros mismos los que hacéis de la vida calvario terrible. Pues á subirlo, y á subirlo con la cruz á cuestras; la pesada cruz de vuestros amores ruines y pequeños. ¡A subirlo, á subirlo!

Y Torrecilla repitió la frase con desgarro irónico, sangriento, como si azotase con ella el alma de Guillermina.

Pero fué, por el contrario, reacción violenta, despertar repentino, como si saliese de inquietadora pesadilla.

En el patinejo de las acacias se despidieron los dos hermanos.

Reinaba entonces en aquel lugar un silencio augusto, una quietud placentera que parecía invitar al reposo de las almas. Era aquel paraje uno de esos dulces rincones que poseen las ciudades viejas en sus misteriosos recovecos y ocultos repliegues.

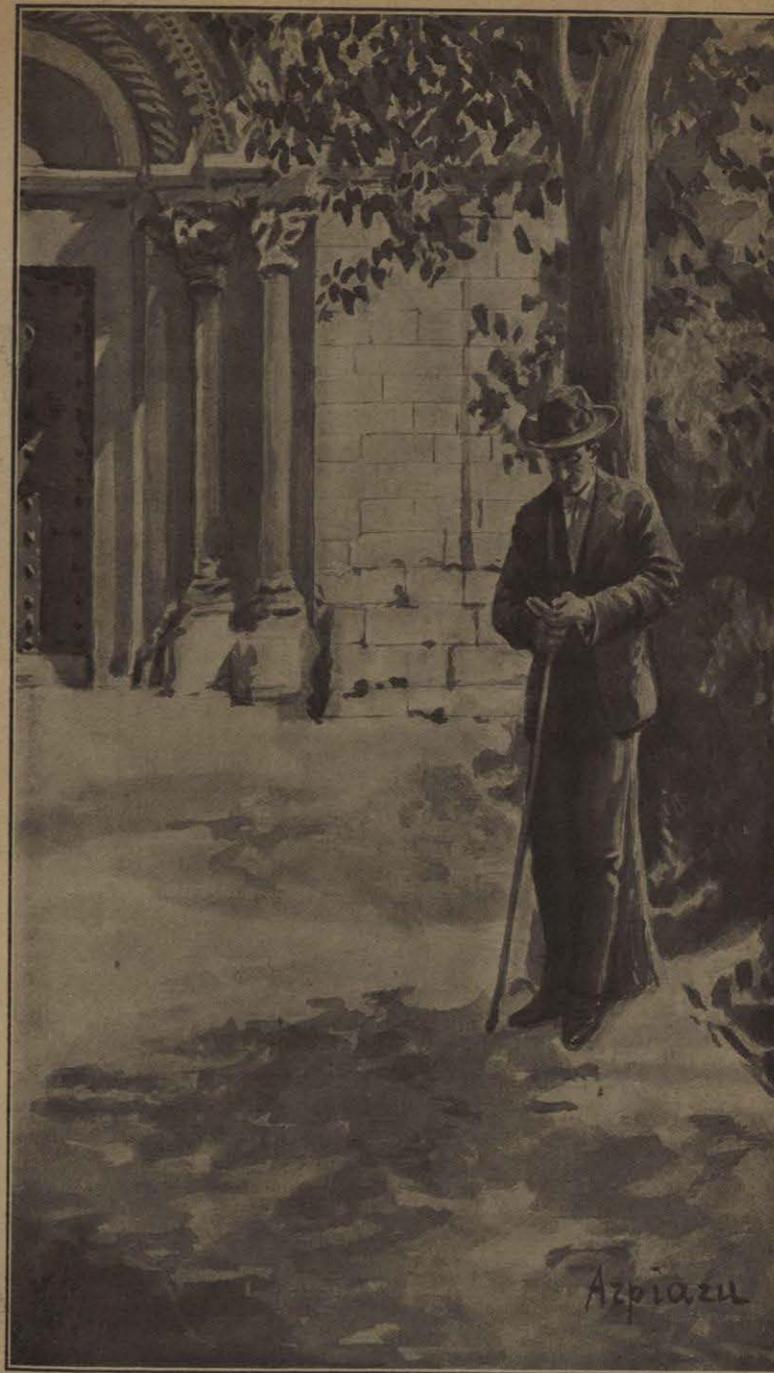
Guillermina, en cuanto dejó á su hermano, vió que éste volvía á acurrucarse tranquilamente al pie del mismo árbol en que estaba antes. El tronco alto, rugoso, derecho, le servía de respaldo; pareció recibirle con gratitud serena, como si hubiese crecido sólo para aquello, para amparar bajo su copa á un ciego mendigo.

El patio estaba ya solitario; los viejos pordioseros habían abandonado el puesto; sólo los pájaros seguían revoloteando y piando entre las desnudas ramas. El sol caía sobre la fachada de la iglesia; es una fachada pequeña, de granito que rebrilla con resplandores diamantinos, como si estuviese esmaltada de ricas piedrezuelas; la luz solar enrojece los sillares ya tostados por los siglos, le da tono acaramelado y blando. La portada es de románico arco que descansa gracioso en parejas de humildes columnas sobre los capiteles toscos representando fabulosos animales con ojos tan abiertos, tan redondos que parecen salir de las órbitas, y con las fauces abiertas, desdentadas. Y, sin embargo, aquella fauna no inspira terrores ni miedos, sino que parece puesta allí cara al mundo para burlarse de él con grotesca mueca inofensiva.

Guillermina reparó en todo, porque, pensando en salir apenas se despidió de su hermano, ello es que no salía de aquel sitio. Invadióle una quietud perezosa; la quietud del sitio mismo que penetraba con suavidad dulce en el alma.

Rodeando el patinillo hay unos altos muros encalados, pero ya renegridos y verdosos por la humedad y el abandono. Sobre el portón del patio una cruz negra, erguida, grave, destaca escueta sobre el cielo azul, inmenso.

La de Torrecilla lo va viendo todo sin reparar en nada; aquellas cosas tan sencillas, tan humildes, tomadas todas por la sua-



El tronco alto, rugoso, derecho, le servía de respaldo

ve patina de los años, parecen hablarle muy quedo, pero muy intenso hablar misterioso. Su hermano allí está quieto, inmóvil al pie de la noble acacia que eleva su ramazón sin hojas por encima de los tapiales, por encima de la fachada de granito anaranjado, reluciente. El sol inunda el pequeño recuadro de un calorcillo tierno, amoroso.

Antolín, con la diestra tendida, apoyando el codo en la rodilla, sentado en el suelo, en quietud rígida, parece gozar de la beatitud serena que respiran aquellas cosas tan pequeñas, tan humildes.

Una vieja, arrebujaada en un manto negro, cruza con lentitud el patio; pasa sin levantar rumor ni ruido de faldas; parece una sombra. Su momentánea presencia agranda, con la levedad de su paso, la soledad del sitio.

Guillermina siente un deseo poderoso de sentarse en aquel suelo polvoriento, al lado de su hermano, diciéndole tranquila, amorosamente: «Hermano mío, estoy contigo; aquí me tienes.»

«Nada más, nada más que esto,» piensa la niña de los Torrecillas. Y luego ahí solos, bajo estas copas, entre estas tapias viejas, á la puerta del templo, dejar que las horas vayan pasando, que se vayan desgranando, sin ser sentidas, lentamente. ¿Será verdad lo que mi hermano dice? ¿Será verdad lo que yo tomo por delirio malo del que no ve el mundo? Ello es que, cuando habla, sus palabras parecen ardientes, sin duda porque las requema el fuego de una vida interna llena de riquezas y de esplendores espirituales.

Quiso salir de allí; llegó hasta la puerta andando levemente, casi de puntillas; al llegar al portón volvió la cabeza para mirar á su hermano; pero fué ella la que se sintió mirada por aquellos ojos de cristal cuajado, inmóviles, dolorosos en su quietud serena. Corrió por su cuerpo un fugitivo estremecimiento; allí, en aquel recinto de silencio y de luz, había algo que la atraía con atracción invencible.

Una campana repicó en lo alto con golpeteo metálico, fino, agudo; tres ó cuatro pájaros salieron volando de unas ramas. El patio pareció estremecerse gozoso con el campaneó. El repique se fué haciendo más lento, más tardo, más pausado; poco á poco se

fué apagando. El ciegucecito estaba inmóvil, con la mano tendida como si recibiese en ella la caricia caliente del sol.

A Guillermina le pareció el repique una voz cariciosa, una voz amiga que la llamaba. Resolvió entrar en el templo.

Hallólo, conforme venía de la claridad radiante, entenebrecido, lóbrego, y detúvose titubeante. Allá en el lejano fondo salpicaban la negrura unos puntos de luz muy roja y muy profunda; caminó hacia ellos y sus ojos se fueron acostumbrando á la escasa luz. Esta lobreguez le pareció más amable que la claridad del patio; en ella se cobijaba mejor el pensamiento atormentado.

«¿Será la obscuridad—pensó Guillermina,—será la lobreguez la que le da á mi hermano tan sereno equilibrio? La quietud, la placidez de su alma, ¿será esta misma quietud que siento yo sólo un instante?»

Se hincó de rodillas, apoyó los codos en un reclinatorio, humilló la cabeza; hizo un esfuerzo de la voluntad para traer á sus labios una oración, pero las palabras salían confusamente, des-acordadas. Desistiendo de su empeño, fijóse atentamente en el fondo con mirada penetrante, duramente atormentada. Destacóse la doliente figura de un Nazareno; con vaga inconsciencia, Guillermina clava la vista en la imagen que está erguida, serena, conmovedora de dolor y de piedad. Ve su rostro de lividez acardenalada; la cabellera larga, lacia, cae sobre los hombros; todo su cuerpo tiene actitud de desmayo triste, y sus ojos parecen llorar, llorar siempre; están húmedos, brillan, relucen. La luz de dos cirios resplandece en la frente noble, pálida; el resplandor tiñe la palidez de matiz rosado, levemente sangriento. La túnica amplia cae hasta los pies, formando un solo pliegue hondo; y sobre el terciopelo que casi negrea de tan obscuro, un cordón grueso y dorado que pende del cuello. Tiene las manos caídas, presentando de frente las palmas terriblemente agujereadas, con los bordes de las rondas heridas renegridos.

Guillermina clava la mirada ansiosa en el Nazareno; lo ve doloroso en la sombra densa, pero lo ve paciente, augusto, dominador del dolor humano; llega á descubrir entre la fina barba, entre

los labios, un pliegue de sonrisa. Sí, aquellos labios se contraen levemente, con suavidad y ternura, para esbozar una sonrisa que parece emanación de la dulcedumbre divina.

Guillerma no aparta los ojos de aquellos labios; de ellos se exhala un soplo tenue, un aliento de vida sobrehumana, y cuanto más los mira, más penetrante y al mismo tiempo más vaga es la sonrisa. Es una impresión más dulce que todas las impresiones. El alma de Guillermina se sumerge en aquella sonrisa, se anega en la suavidad que emana, en la beatitud que de los labios divinos fluye. Y entre tanto, aquellas manos tendidas, abiertas, bárbaramente taladradas, y aquellos ojos reluciendo de humedad llorosa, y aquellos hombros caídos con movimiento de dolor, atormentaban al mirarlos, estremecían el alma; por eso era más íntimo, era más amoroso el suave pliegue de los labios secos.

La Torrecilla, casi gimiente, rebuscó otra vez en lo más profundo de su alma una oración sencilla, pero la oración negábase á salir de sus labios y en cambio desbordaba de los ojos. Sintió los húmedos de adoración, de piedad mansa, grande, mística, y á través de aquellas lágrimas también ella miraba, sonriente de placidez, la severa, la terrible imagen. Viéndola, no sabía dejar de mirarla, tenía miedo de no verla porque sería ver otra vez el tormentoso tumulto de la vida; aferrábase con la mirada á ella, mirándola anhelante de arriba á abajo, desde la cabeza, coronada de zarzas espinosas, hasta los pies, desnudos, mal tapados por la pesada y espesa túnica.

—Señor, Señor—decía la infeliz creyendo decir una oración con ello;—Señor, Señor, tú ascendiste por el calvario de la vida y llegaste sin un gemido, sin una queja, sin un lamento; llegaste soberano, llegaste risueño. Concédeme, Señor, el llegar también risueña. No apartes de mi sendero los abrojos, no siembres de flores mi camino; clávense en mi corazón agudas espinas, como las que á ti, Rey del cielo, te clavaron en las sienas; taladren clavos de dolor mi alma, como los que taladraron tu cuerpo; vengan á mí los humanos sufrimientos; lo que te pido, lo que imploro, es valor para morir risueña.

Sin duda esta plegaria, que brotó del corazón dolorido como brotan entre los espinos punzadores las humildes florecillas, llegó amorosa al Nazareno que la oía, porque Guillerma vió abrirse la faz terrible en una sonrisa de piedad inmensa. Y levantándose del suelo, precipitada, salió al patio solitario.

Tan solitario, que ni su hermano estaba ya en su sitio al pie de la acacia. Al hallarse en la calle, persistía en su mente y en su retina la imagen dolorosa del Nazareno; acompañábala sereno, erguido. Pero sucedió que poco á poco aquella visión terrible fué animándose con un soplo de vida inesperada; las guedejas, la barba, la frente noble, enseñorada, el mirar húmedo..., todo, todo fué cambiando lentamente, sin que ella misma pudiera darse razón del cambio. Sin dejar de ser la faz del Nazareno, se cambió en otra faz noble, rubia, ensoñadora. Y aquel nuevo rostro adquiriría cada vez más realidad corpórea, más precisión de líneas; el mismo cabello rubio se iba dorando y encrespando, los ojos negros parecían clarear azulinos. Acabó por ver ante sí la imagen de Esteban, triste, doliente, llagado.

En este momento entraba en el amplio, en el alto zaguán de la casa de Sagrario.

### CAPÍTULO III

Poco tiempo después la Torrecilla entraba en su casa y halló charlando en la sala á sus padres con su hermana Agueda. Desde luego, le pareció una charla triste, impregnada de ese dolor pequeño, difuso, que se esparce callado en la vida cotidiana. En cuanto la vieron aparecer hubo un silencio de reserva discreta; los tres la miraron silenciosos, figadores de su espíritu.

La recién llegada sentóse en una silla con actitud de cansancio, de fatiga abrumadora. La familia de los Torrecillas allí congregada, con excepción del ciego, era un cuadro de tristeza profunda; todos los rostros estaban tristes; la desconsolada, la profunda tristeza de una vida llena de amarguras, de privaciones, de menudos problemas.

Es terrible la tristeza que irradian estas vidas en lucha tenaz con la vida misma, que parece burlarse poniéndoles rostro hurafío, fosco.

Guillerma miró una por una aquellas caras, en las que veía impresa la desolación y la angustia; aquellos rostros no parecía que nunca se hubiesen contraído con una sonrisa, con un leve pliegue de sana, de juvenil alegría; una nube de pesadez plúmbea cerníase sobre aquellas fatigadas cabezas, para las cuales la existencia era un dolor pequeño, pero tenaz, insistente, que, como taladro lento, las iba atormentando hora por hora, minuto por minuto.

Sintióse ella misma compasiva; ella, que sufría acerbidades dolorosas, tuvo piedad para aquellos seres y quiso derramar palabras amantes, frases de aliento. Pero no sabía por dónde dar comienzo; todo lo que se le ocurría parecía inútil cuando no imprudente.

Miró al balcón que tenía frontero, y al hallar recuadrado en él